

Dialogando al pie del Cerro puntudo: Abelardo Alzamora, el guardián del acervo cultural de Yapatera

Juan Manuel Olaya Rocha

Es domingo¹ y el sol piurano solo cede ante la sombra del mítico algarrobo. Quien no conozca a Abelardo, nos aseguran, no es yapaterano. De pronto, un pórtico verde, amarillo y negro nos recibe con esta frase: “Bienvenidos a Yapatera, territorio ancestral afroperuano”. Y para que no haya duda, como telón de fondo, el silencioso y omnipresente Cerro puntudo nos trae a la mente aquellos secretos que guardó en sus entrañas durante siglos, y que solo la sabiduría popular de sus pobladores supo arrancárselos y hacerlos palabra. Uno de ellos es Abelardo Alzamora Arévalo, quien se resiste a ver morir las tradi-

ciones populares de los negros yapateranos, eso que cuentan los antiguos al pie del Cerro puntudo.

En este afán, publicó varios libros² que evidencian las vivencias cotidianas de los campesinos de Yapatera, por medio de relatos, cumananas, cánticos, frases, etc. Su último libro publicado fue *Merienda de negros* (2019), el cual condensa la producción y proyección literaria del autor³. El 2013, fue reconocido por el Ministerio de Cultura como Personalidad Meritoria de la Cultura “en mérito a su destacada labor como activista por los derechos del pueblo afroperuano y



¹ La entrevista fue realizada el domingo 29 de julio del 2018 en casa de Abelardo Alzamora (Yapatera).

² Publicó los libros *Al pie del Cerro puntudo. Relatos yapateranos* (Cedet, 2008), *Cuentan los antiguos. Añoranzas y tradiciones ancestrales* (Cedet, 2009), *Voces ancestrales. Poesía y cántico* (Minedu, 2018), *Más allá del tiempo* (Minedu, 2018) y *Merienda de negros* (América, 2019)

³ En el prólogo de *Merienda de negros*, titulado “Abelardo Alzamora y el rescate de la tradición oral afrodescendiente de Yapatera”, plasmamos algunas ideas generales sobre la producción narrativa el autor.

como difusor de las tradiciones yapateranas a través de su obra literaria”. Sin duda, actualmente, Abelardo Alzamora Arévalo es uno de los más importantes difusores de la cultura afroperuana de Yapatera, sobre todo, porque supo articular la producción literaria, el activismo y la pedagogía, todos con una fuerte carga identitaria.

Nos recibió en su casa en Yapatera, que también es museo, biblioteca, en fin, un lugar de la memoria, y conversamos con él.

¿Cómo nace el interés de rescatar y narrar la cotidianidad afroperuana de Yapatera?

Creo que es una obligación moral reconocer a las personas que de una forma u otra influyeron en todos mis quehaceres literarios. Reconozco en José “Cheche” Campos al primer activista afroperuano que por primera vez visitó la comunidad de Yapatera. Con su llegada inesperada los yapateranos recién nos enteramos de que había negros en otros lugares. Por eso veíamos con profuso desconcierto al extraño personaje tan negro y a muchos otros coterráneos que paseaban embelesados por las calles polvorientas de mi pueblo. Era comprensible, pues por esa época Yapatera era una comunidad hasta cierto punto cerrada, venía del final de la época de la hacienda y el acomodo de la ley de reforma agraria. En ese entonces era apenas un jovenzuelo, estamos hablando de los inicios de los años ochenta y creo que el “Cheche” fue quien influyó mucho en mi formación como activista afroperuano.

Es decir, el autorreconocimiento de su identidad lo acercó a las tradiciones y literaturas de su pueblo

Siempre me gustó leer de todo, pero tuve un apego especial por los clásicos de literatura afrodescendiente. Qué bueno y en buena hora que le hayan dedicado el número tres de la revista *D’Palenque: literatura y afrodescendencia* a Gregorio Martínez. Los libros del “Goyo”, al igual que los Antonio Gálvez Ronceros, eran mis obras preferidas. Descubrí en

ellos una mezcla entre lo real y lo ficticio de los acontecimientos descritos en su narrativa sobre el universo rural. Interpretaban muy bien la idiosincrasia del campesinado negro del sur, muy parecida a la idiosincrasia del campesinado de las comunidades negras del norte. No te olvides que Yapatera es un pueblo campesino. Un reconocimiento especial a mi primo Jorge Arévalo Acha, escritor piurano de Talandracas, comunidad afroperuana. Fue él quien amoldó mis inquietudes literarias y es el principal responsable de mi apego a lo que hoy por hoy es mi principal pasión. Estas fueron algunas de las motivaciones que mandaron para narrar la cotidianidad afroperuana de mi comunidad, pero también es innegable que ante la constatación de que el acervo cultural afrodescendiente norteño corre el riesgo de extinguirse, y con ello muchos de nuestros saberes ancestrales, desde hace años me encuentro trabajando esta temática para, de esta manera, contribuir a que la sociedad en general conozca los aportes literarios de la cultura afroperuana.

¿De dónde aparecen todas esas historias que usted recrea, las tradiciones ancestrales, esa sabiduría popular que plasma en sus libros?

Estos aparecen en escenarios inesperados. No es fácil recopilar una cumanana, tampoco crear un relato. Tienes que estar alerta. Todo lo que aparece en mis libros es producto de todo eso, de estar detrás de los ancianos, de los ancestros, de los que más saben. Las historias aparecen en circunstancias impensadas y no como aquí que me estás entrevistando. De esta forma es difícil que puedan contar algo. Los escuchas y no te van a decir nada. Si quieres obtener información, tendrás que echar mano de tus habilidades. Por ejemplo, vez ese señor que pasa por ahí, lo saludas y por ahí va apareciendo la conversación. Le generas confianza, despiertas su interés y así poco apoco, como quien no quiere, va apareciendo la cosa. Tienen que entrar en familiaridad. Otra forma es entre borrachera, trago va, trago viene, lo picas con una cumanana y

él más que seguro te responde otra y así entre trago y trago florecen las cumananas. Recopiló historias frecuentemente. Para mí es más fácil porque conozco a mi gente y me conocen. Cuando me encuentro temprano por la mañana con algún amigo cumananero, a son de saludo, le lanzo una cumanana:

Quien temprano se levanta
Goza de salud perdida
Tiene un año más de vida
Y su trabajo adelanta.

Al instante el cumananero me responde:

Quien temprano se levanta
De su albedrío no es dueño
Pierde horas más de sueño
O alguna visión lo espanta

Si el verso me llama la atención, al instante lo memorizo, porque sino se escapa. No es que yo sea un gran cumananero, nada que ver. A mí me cuesta trabajo hacer una cumanana. Yo me demoro en hacer un cuarteto, otros no, tienen una agilidad mental tremenda, son espontáneos. Entonces ahí está la diferencia. Las cumananas también aparecen en escenarios inusitados: en un rosario, en el novenario de un muerto, en un compartir familiar, en la chacra, en diferentes escenarios campesinos.

Lo que dice es interesante, porque además de la espontaneidad del poblador para crear sus versos, también existe una técnica, una estructura, todo un trabajo detrás, lo que evidencia, además, la articulación entre la oralidad y la escritura, entre lo real y lo ficcional. ¿Cómo se manifiesta esto en el caso de sus relatos?

Los relatos son otra cosa. Se van montando poco a poco. Algunos me demoran días, semanas, meses y otros hasta años. Todos ellos son extraídos de la vida real. En este caso, de la sabiduría del campesinado negro yapaterano, y dependiendo de la temática estos pueden ser jocosos, trágicos, reivindicativos etc. Para

el caso, soy el responsable de poner al pescador su ají, pimienta, cebolla y su limón para que salga un delicioso ceviche norteño. Finalmente, te digo que aparte de lo mencionado, debo confesar que nací de cabeza, y me alumbraron con suerte. Fui premiado en mi mundo infantil y viví rodeado de duendes y personajes inverosímiles, mágicos, pertenecientes a mi mundo campesino. También hubo voces infinitamente tiernas y aleccionadoras que, en el silencio de la noche, me fueron cantando y contando la cotidianidad ancestral.

Hace unos años falleció Fernando Barranzuela. Al igual que usted, él rescató la oralidad yapaterana, aunque más vinculado a la poesía

Efectivamente. Él se sentía más identificado con la poesía, los cánticos y la cumanana. Estoy convencido de que Fernando Barranzuela visibilizó como nadie a nuestra comunidad, gracias a su arte, su poesía y su cumanana. Yapatera es conocido a nivel nacional e internacional. Su partida dejó un gran vacío en la cultura viva afrodescendiente. Fue una gran pérdida para la comunidad afro. Aunque muchos pensaban que con su muerte iban a desaparecer las cumananas, esto no ocurrió porque, hoy en día, por los cambios ocurridos en nuestra educación, todas las escuelas de la EBR, inicial, primaria y secundaria del ámbito provincial, están recitando cumananas, continuando con el legado que nos dejó este gran poeta afrodescendiente campesino.

Estamos en Yapatera, su casa, su tierra

Bienvenidos a Yapatera, territorio ancestral afroperuano. He nacido aquí, en estas ardientes tierras norteñas, nací rodeado de lomas y colinas, flanqueado por el Cerro puntudo, en medio del canturreo de los pájaros y los aromas de la campiña. Te juro que como aquí nací, aquí crecí, de aquí es toda mi parentela, aquí me quisiera morir, aunque uno nunca sabe dónde va a dejar sus huesos, pero quisiera que, llegado el momento, Yapatera me acune por siempre.



El poblador yapaterano es, principalmente, campesino. ¿Cuál es su relación con el campo, la agricultura, la tierra?

Mi pasado ancestral es campesino. Soy nieto e hijo de campesinos, nací en el campo y vivo en Yapatera, y aquí la actividad principal es la agricultura. Actualmente está terminando la cosecha de arroz y comienza la del mango que, como tú sabes, aquí se produce en abundancia, limón también. En esta última década, hay un gran porcentaje de población entre los veinte y cuarenta años, que están trabajando en las fábricas agroindustriales ubicadas en la periferia de Yapatera. Las tierras agrícolas de la comunidad están en la margen izquierda del río Yapatera, y es una de las pocas zonas agrícolas que ha permanecido intangible frente al avance de la compra de terrenos por parte de empresas agroindustriales que se han instalado en la zona. Esto sin duda es una potencialidad porque, en otros centros poblados cercanos a Yapatera, los límites de las empresas agroindustriales han llegado a los alrededores de los pueblos, de tal manera que la población se moviliza entre la cancha de fútbol, la plaza y la iglesia, no hay espacios de esparcimiento. Así han quedado reducidos estos pueblos que han vendido las tierras. En cambio, Yapatera no tiene límites. Te vas por aquí, por allá, por donde quieras. Aquí es una libertad endemoniada, nadie te ataja. Si te vas por las chacras nadie te dice nada. En cambio, allá te ponen

cerco aquí, cerco allá, cerco por todos lados, allí todo esta resguardado por guachimanés.

¿Cómo nace este poblado, una de las comunidades con mucha población afrodescendiente?

Los primeros datos que se tienen de Yapatera fueron encontrados en los archivos de la beneficencia pública de Piura, donde figuraba una estancia llamada Diapatera en 1595. Al formarse las haciendas y al haber sido diezmada la población indígena, y ante la falta de mano de obra para el trabajo agrícola, los hacendados y estancieros se vieron obligados a comprar esclavos negros procedentes de diferentes culturas africanas. La presencia de esclavos en las haciendas de Piura se dio porque el puerto de Paita era un lugar obligado del transporte y comercio de esclavos. La mayor parte de esclavos que vivieron en Piura fueron malgaches, aunque en los siglos XVII y XVIII llegaron nuevos grupos provenientes del Congo, Abisinia, Carabalí y Mozambique. La primera mención de presencia de esclavos en la hacienda Yapatera se encuentra en el contrato de compra y venta del año 1609, en la que se manifiesta la adquisición de 12 esclavos, 8 varones y 4 mujeres destinados a las labores agrícolas. En los siglos posteriores siguieron llegando esclavos a Yapatera, según consta en los inventarios de los diferentes dueños que se sucedieron en la hacienda Yapatera. El pasado ancestral de la población actual viene de los esclavos negros que trajeron los terratenientes de esa época.

Aquí donde estamos, es decir, la Casa de la Cultura, hasta el colegio primario 14619, le denominaban Los Alitas, en memoria de un negro que se llamaba Alita y que vivió en esta zona. La otra parte que está pegada al Cerro puntudo es Cruz Pampa, o Pampa de los burros, ahí existe una gran cantidad de población afrodescendiente. Pero es Yapatera el nombre que une a estos dos caseríos, y es que entre los años 80 y 90 surgió la iniciativa de la creación distrital de Yapatera. Me acuerdo bien porque llegó la Facultad de Geografía de la Universidad de San Marcos a desarro-

llar el expediente técnico de la creación del distrito de Yapatera. Para eso se organizó a la comunidad. Fui vicepresidente de la creación distrital. Nos organizamos y pedimos que los pueblos de los alrededores se unieran a la propuesta distrital, cosa que aceptaron como hasta ahora de buena forma, pero había una situación que tuvimos que resolver: el distrito debía tener una capital, y ni el pueblo de Alitas ni el de Cruz pampa reunían la cantidad de habitantes para poder ser la capital distrital. Entonces decidimos unirnos. Ahora somos un solo pueblo, las casas se acercaron. Antes nos separaba más o menos un kilómetro. Así se hizo el pueblo de Yapatera.

¿Cómo va el proceso de autorreconocimiento de las raíces negras aquí en Yapatera?

Hace treinta años aquí en Yapatera nadie quería ser negro por todo lo devenido del proceso de la esclavitud. Sostengo más o menos en términos estadísticos que en esa época solo el 30% aceptaba que era negro, el resto no. Ahora más del 80% de la población acepta que es negra o afrodescendiente, y para eso ha sido preponderante el activismo, los talleres de fortalecimiento étnico y ahora último la escuela que cumple una función muy importante en sus propuestas curriculares, la inclusión de la Etnoeducación con el enfoque afrodescendiente.

Sin duda, la educación cumple un rol muy importante

Efectivamente, la educación cumple un rol fundamental. Desde UGEL Chulucanas se viene implementando un proyecto intercultural con el enfoque afrodescendiente para los niños, niñas y adolescentes de las escuelas de Yapatera, Chapica, Fátima, Balcones, Pueblo nuevo de Talandracas, Calores, Talandracas, Solumbre, La Unión y otras que son comunidades reconocidas histórica y socialmente como afrodescendientes y están ubicadas en el ámbito jurisdiccional de UGEL Chulucanas. A propósito, ganamos la IV edi-

ción del concurso “Buenas Prácticas Interculturales en la Gestión Pública. La diversidad es lo nuestro” del año 2017, organizado por el Ministerio de Cultura en coordinación con la Secretaría de Gestión de la PCM.

La UGEL Chulucanas viene liderando este proyecto, el de revalorar su cultura y el fortalecimiento de la identidad individual y colectiva de los afrodescendientes. Estas propuestas educativas y reivindicativas están incluidas en los instrumentos pedagógicos de las escuelas que trabajan el proyecto intercultural desde los diferentes niveles de la EBR. Este es un modelo que se está replicando en Lambayeque, así como en el sur (Chincha y Cañete). Esperemos que las autoridades asuman el compromiso de sumarse a esta aspiración. Es importante que la cultura de los pueblos aterrice en las instituciones educativas, porque esta va a permitir que los futuros ciudadanos, desde niños, logren el reconocimiento de su identidad, conociendo y valorando su propia historia y el respeto a las diferencias. Propuestas de este tipo son las que necesitan desarrollar las escuelas de las comunidades afrodescendientes del país.

¿Cómo observa el proceso de intercambio interétnico en la zona?

Aquí hay una migración permanente. No creas que la gente se queda aquí. La mayor parte de la juventud migra a las ciudades, ya sea por motivos de estudios o trabajo. En estas últimas décadas han llegado pobladores andinos a vivir a los alrededores de la comunidad, familias que bajan de la sierra y con el tiempo aparecen los matrimonios interculturales. Estos matrimonios también aparecen en otras ciudades como, por ejemplo, en Lima, aunque casi un 70% u 80% se vuelven a casar entre yapateranos.

Tal vez no todos saben que, además, su casa funciona como un museo, como un lugar de la memoria ancestral afroperuana. ¿Cómo nació este importante proyecto?

¿Cómo nació este proyecto? Si tú me dices si he tenido una proyección para de aquí a

unos años tener un museo o un lugar que preserve la memoria ancestral como tú lo dices, te digo que no. Yo nunca he pensado en eso ni he soñado tampoco en eso. Pero sí es cierto que siempre me gustó preservar las cosas antiguas, ceramios, etc. Muchas veces he pasado por loco por coleccionar antigüedades. Y en esa salita de aquí, como en la otra, estaban acuñadas un montón de reliquias antiguas. Felizmente, con la anuencia de mi mujer y de mis hijas que entendieron que todo esto formaba parte de mi apego cultural, pero sobre todo de mi felicidad, permitieron que los espacios que eran orientados a la crianza de las gallinas, patos y otros desaparecieran para dar paso a lo que ahora se denomina Museo Intercultural de Yapatera.

¿Qué es lo que los visitantes pueden encontrar en este museo?

Se llama Museo Intercultural Yapatera porque salvaguarda los bienes materiales e inmateriales de la cultura indígena y la cultura afrodescendiente. Tiene seis salas. Una es la biblioteca intercultural; creemos que tenemos la mejor información de la presencia afrodescendientes aquí en la región Piura, porque escribimos, pero también hacemos investigación. En este espacio tenemos una exposición numismática de billetes y monedas antiguas como también dos carta-ventas de esclavos del siglo XVII y XVIII originales. Tenemos otra sala que se llama contando nuestra historia a través de las imágenes. Esta tiene muchas fotografías antiguas del pueblo de Yapatera, cuadros representativos de íconos de la cultura afrodescendiente como también cerámica que representa algunas actividades agrícolas y culturales de Yapatera. Se exhiben máquinas de oficina como también instrumentos musicales antiguos. Siguiendo la ruta hacia el primer patio, está El rincón de la tortura. Hay un cepo que debe tener más de 250 años. Lo encontraron aquí en la hacienda del terrateniente Domingo Se-

minario, cerca de Yapatera. Junto al cepo, hay pinturas que representan algunas formas de tortura de la época de la esclavitud. También hay algunos instrumentos de tortura como grilletes y carimbas. Siguiendo la ruta a la mano izquierda hay un espacio dedicado a la mujer del siglo pasado, a la abuela. Aquí hay algunos utensilios antiguos, una colección de planchas y lamparines, máquinas de coser antiguas, la escena de la preparación de la chicha, batanes, utensilios domésticos que la tecnología rebasó. También existe el espacio agrícola del abuelo, herramientas agrícolas antiguas como arados, sembradoras, romanas, etc. Finalmente, también existe un espacio dedicado a las culturas prehispánicas con más de 150 piezas arqueológicas (huacos) que pertenecen a la cultura Vicús que se desarrolló en esta zona antes de Cristo.

Es un importante esfuerzo que debería ser valorado y difundido

Todo este proyecto demoró más de treinta años para su implementación. Poco a poco, año a año, fuimos haciendo este espacio cultural, que no solo contiene cosas tangibles, sino también bienes inmateriales. Aquí al museo vienen turistas, pero hay mucho más concurrencia de los niños de la Educación Básica Regular como también de la educación universitaria que, en determinados momentos, llegan para recabar información para trabajos de investigación. Es importante su valoración y difusión porque el Museo Intercultural de Yapatera es uno de los pocos lugares que tiene nuestra región donde se preserva y se recupera la memoria histórica local, la difusión de las expresiones culturales (cumananas) el fomento de bailes y danzas, gastronomía local, literatura, artesanía y la promoción de la educación comunitaria. Visite Yapatera, territorio ancestral afroperuano.